

LOS KELPERS BAJO EL DOMINIO ARGENTINO

Mucho se habló de lo bien que los argentinos trataron a los malvinenses durante la ocupación, constituyendo este uno de los argumentos más esgrimidos por militares, historiadores, periodistas y participantes de los hechos; sin embargo, relatos y testimonios que surgieron a posteriori a lo largo de los años fueron, mitigaron esa versión, dejando entrever sucesos que se ignoraban.

No todo fue color de rosa para los habitantes de las islas después de la invasión. Si bien es verdad que el general Menéndez, por expresa recomendación de la Junta, puso todo su empeño en que a los isleños se les diese un trato correcto, que se respetasen sus costumbres, que se atendiesen sus necesidades y, por sobre todo, que no se violase su propiedad, ello se debió a la necesidad de mostrar al mundo dos cosas: lo “benévolo” y “conveniente” que iba a resultar el dominio argentino para los nativos y lavar la pésima imagen que las FF.AA. tenían con respecto al tema de los derechos humanos. “Somos buenos, miren como tratamos a nuestros hermanos isleños”, era la idea.

Por supuesto que nadie tuvo en cuenta ese buen trato a la hora de juzgar la actitud argentina y adoptar sanciones contra ella.

Y como para corroborar lo que se afirma, de movida, a poco de dar a conocer al mundo que se iban a respetar los derechos y las costumbres de los pobladores, los argentinos reemplazaron los nombres de la toponimia local por la propia, ordenaron el tránsito por la derecha y pusieron en circulación su moneda.

Los malvinenses vieron con verdadera indignación como su capital pasaba de un día para otro a denominarse “Puerto Rivero” e inmediatamente después, Puerto Argentino, dos nombres que les desagradaban en extremo; la isla Pebble se convirtió en isla Borbón, la isla Lively en la isla Bougainville, Puerto Howard pasó a ser Puerto Mitre, el monte Osborne, el cerro Alberdi y la cadena a la que pertenecía, las alturas Rivadavia, solo por citar algunos ejemplos.

Hemos dicho que a poco de que las tropas se posesionasen de las islas, los kelpers pusieron en marcha un tímido e intrascendente movimiento de resistencia clandestina que poco y nada incidió en la guerra, aunque fue magnificado con el correr de los años. En el capítulo octavo hicimos mención de la forma violenta con que los argentinos irrumpieron en la estación de radio local mientras Patrick Watts transmitía los pormenores de la invasión y del temor y la incertidumbre que generó Patricio Dowling, jefe de los servicios de inteligencia de la Policía Militar, durante su estadía en la capital malvinense, sometiendo a varios de sus pobladores a apremios, interrogatorios y presiones psicológicas.

Pero eso no fue todo.

En el capítulo titulado “La Batalla Diplomática”, hemos dicho que Dowling fue, sin dudas, el argentino más temido por los kelpers. Con él no hubo gestos de desagrado, ni muecas de molestia, ni actitudes “adrede”. Cuando lo veían, los isleños temblaban, en especial después de conocer sus métodos y procedimientos. Como se recordará, fue él quien confiscó varias banderas británicas, quien detuvo con violencia a buen número de ciudadanos y sometió a malos tratos a otros, entre ellos Philip Rozee y Hill Luxton. En su libro *Falklands Islanders at War*, Graham Bound explica que Dowling poseía detallados expedientes de los malvinenses y que llevaba a cabo inspecciones y arrestos arbitrarios.

Uno de los incidentes más graves tuvo lugar en la granja de Neil y Glenda Watson, en Long Island, donde Dowling apuntó con su arma a Lisa, la pequeña hija del matrimonio, a quien varias veces le ordenó que se pusiese de pie. Según el relato, la niña se mantuvo

quieta en el sillón donde se hallaba sentada, mientras se chupaba el dedo pero la versión parece más una magnificación que otra cosa. ¿Qué padre se queda quieto mientras ve que alguien poco amistoso apunta a la cabeza a un hijo pequeño mientras le ordena que haga algo? Los Watson tomaron a su hija del brazo e hicieron lo que el oficial argentino ordenaba.

Cuando a mediados de mayo el comodoro Carlos Bloomer Reeve aconsejó a Menéndez enviar a Dowling de regreso a la Argentina, los isleños respiraron aliviados, más cuando aquel y el capitán Barry Melbourne Hussey, los oficiales argentinos más requeridos por los kelpers, según el decir de Bound (lo eran, por supuesto), quedaron en su lugar. Y no era para menos, se trataba de los “rostros aceptables del país invasor”, hombres valientes y humanos que hicieron mucho por protegerlos de los excesos de sus connacionales, en lo que consideraban una "aventura equivocada".

Los isleños siempre acudían a ellos, no solo porque hablaban perfectamente el inglés sino porque eran amigables, en especial el primero que siempre se presentaba con una sonrisa, no tenía motivaciones políticas para estar allí y entre 1975 y 1976 había vivido en Puerto Argentino con su familia, cuando tuvo a su cargo la supervisión del servicio de pasajeros que la Fuerza Aérea Argentina ofrecía entre el continente y las islas¹.

Melbourne Hussey, por su parte, era un hombre de principios humanos, que también trabajó con ahínco para aliviar la situación de los isleños.

Durante las noches, la situación se tornaba en extremo peligrosa, en especial, porque los conscriptos le disparaban a cualquier cosa que se movía. Incluso llegaron a perforar las paredes de varias casas y acribillar la ropa tendida que flameaba en la oscuridad al moverse por el viento. En verdad, en esas circunstancias, no hubo muertos de milagro. En otra oportunidad, un grupo de pobladores de Puerto Argentino fue repentinamente rodeado para ser encarcelados y enviados a una suerte de campo de prisioneros en Bahía Fox. Entre los detenidos se encontraban Brian y Owen Summers, Gerald Cheek, Stuart Wallace, y George y Velma Malcolm, quien explicó que: “*Un enorme, fornido y presuntuoso bruto nos dijo: ‘se van a ir de campamento’... desenfundó su arma mientras estaba frente a mi. Le dije: ‘No necesita su arma, es poco probable que yo haga algo estúpido’*”. Bound, que hace permanente hincapié en este tipo de anécdotas, describe esas experiencias como “humillantes y aterradoras”.

Los malvinenses del interior la pasaron peor que los de la capital. Denzil Clausen fue golpeado brutalmente porque los argentinos creyeron que estaba transmitiendo mensajes a la flota británica cuando en realidad, sintonizaba el servicio exterior de la BBC.

A Robin Pitaluga lo arrestaron, lo interrogaron y simulaban dispararle varias veces cuando hombres fuertemente armados irrumpieron en su establecimiento rural (según hemos dicho, el más importante de las islas), después de que retransmitiera por radio un mensaje de la Task Force, incitando a la rendición. Los invasores lo ataron y lo obligaron a pasar la noche en una fosa al aire libre de donde lo sacaron al día siguiente, semicongelado, para ponerlo bajo arresto domiciliario².

Como se recordará, en Prado del Ganso, sus 115 habitantes (entre ellos 43 niños) fueron encerrados en el edificio del Ayuntamiento, en un primer momento sin comida y con solo dos baños, en abierta violación a la Convención de Ginebra. El edificio era una construcción poco adecuada para albergar detenidos civiles, no tenía marcas que lo identificasen y tampoco había refugios para cubrir a sus moradores de los ataques de artillería y los bombardeos aéreos. Como se ha dicho, los prisioneros levantaron el entablado del piso y cavaron defensas improvisadas en las que buscaron protección cuando las bombas caían a su alrededor.

Los argentinos estaban convencidos de que los prisioneros transmitían mensajes de radio, por lo que frecuentemente irrumpían en sus viviendas para realizar inspecciones y buscar hasta en el mameleco del pequeño Matthew McMullen, de cuatro meses de edad. El libro de Bound es tan tonto que repara en detalles como que mientras los soldados rebuscaban entre los pañales del niño, “...*los adultos que observaban esperaban que Matthew tuviese una ‘pequeña sorpresa’ para ellos*”.

Según parece, los darwineses lograron enviar un mensaje a monseñor Daniel Spraggon, el sacerdote católico de Stanley, “...*quien protestó ante los argentinos a fin de aliviar la difícil situación de los cautivos*”³.

Los kelpers permanecieron encerrados en el Ayuntamiento de Prado del Ganso hasta el 29 de mayo, cuando el ejército británico los liberó y tremenda fue su sorpresa cuando al regresar a sus hogares, se encontraron con que las tropas argentinas los habían saqueado y arruinado⁴.

Según cuenta June McMullen, una mujer nacida y criada en Prado del Ganso, casada con un pastor del lugar y madre de dos niños, los pobladores se asustaron mucho el día de la invasión. Al principio, cuando los argentinos llegaron, la cosa no parecía tan mala pero a medida que fue pasando el tiempo, fue empeorando⁵.

June se enfureció cuando los invasores comenzaron a tomar medidas y dar directivas arbitrarias pero nunca dijo nada por temor, al igual que el resto de la comunidad. La gente trató de evitar todo contacto con ellos y se angustió mucho cuando los vio colocar sus helicópteros entre las casas, a efectos de evitar los bombardeos.

En realidad, la resistencia a la que hace referencia Bound no existió. El libro en cuestión solo se limita a reproducir algunas anécdotas sazonadas y sobredimensionadas, que solo pretenden auto convencer y levantar el ego de los kelpers después de su nula y poco honrosa participación en la defensa y reconquista de su archipiélago.

Y la cosa parece haber surtido efecto ya que a Patrick Watts se lo propuso para recibir la condecoración MBE (Miembro de la Orden del Imperio Británico) por la valentía y resistencia que manifestó durante la transmisión que hizo la noche de la invasión, “*informando y retransmitiendo los mensajes del gobernador Hunt mientras se desarrollaban los combates hasta que los argentinos irrumpieron en su estudio, armados*”. Según quienes lo seleccionaron para entregarle el galardón, “*sus transmisiones sostuvieron a los isleños durante la primera noche de la invasión sin exhortaciones a la violencia, sin condenaciones motivadas por los ánimos hacia los invasores y ciertamente, sin demostrar miedo o temor. El tono había sido sutilmente subversivo y desafiante, pero dignificador; indicación de una comunidad que había sido derrotada pero que no habría de ser sometida*”.

Según Bound, Andrew Short y su hijo, radioaficionados de Port Louis, “*interceptaron, confundieron y bloquearon señales radiales argentinas*”. Por otra parte, el veterinario Steve Whitley, que la iba de bravo, andaba por todas partes diciendo que pensaba “*apuñalar argentinos*” pero sus bravatas no pasaron de ahí aunque, según parece, él y el maestro de escuela Phil Middleton, llevaron a cabo “*misiones de alto riesgo*” al cortar líneas de comunicaciones con sus instrumentos de castración veterinaria y tomando fotografías clandestinas de posiciones defensivas argentinas.

Otros miembros de la resistencia desactivaron vehículos del gobierno para evitar su uso y en lo que parece una de las pocas tentativas serias, el canadiense Bill Curtis intentó una incursión nocturna tendiente a desviar las balizas de aeronavegación argentinas, misión que no pudo llevar a cabo porque terminó arrestado.

En Prado del Ganso y Puerto Darwin, Eric Goss y un grupo de pobladores, escondieron combustible e inmovilizaron tractores para que los argentinos no se sirviesen de ellos, además de sabotear las redes de agua que prestaban servicio a las fuerzas de ocupación.

Aún así, los invasores se las ingeniaron para montar sobre esos vehículos las cohetas de los Pucará destruyeros y utilizarlas contra las tropas enemigas.

Según el mencionado libro, alguien estuvo haciendo señales luminosas durante las noches (presumiblemente patrullas británicas) y cuando los argentinos preguntaron acerca de ellas, Goss les dijo que se trataba de un *“curioso fenómeno natural local motivado por la luz de luna reflejándose en las rocas cubiertas de algas durante la marea baja”*.

Una cosa que parece encantar a los kelpers es la propaganda psicológica que hicieron sobre algunos conscriptos, magnificando el accionar de los ghurkas. Según parece, Goss les dijo a varios de ellos que se trataba de combatientes feroces y temibles. *“Cuando despierten en la mañana, solo agiten la cabeza. Si se les cae, es porque los ghurkas han estado por ahí”*. Sin embargo, ningún combatiente recuerda haber escuchado a alguien decir eso.

Bound refiere que ninguno de los involucrados en “actos de sabotaje y espionaje” estaba realmente al tanto de los riesgos que corrían pero que sin dudas habrían sido tratados duramente como espías. Y enseguida se refiere a los electricistas Les Harris y Bob Gilbert, quienes cortaron las redes de electricidad argentinas e instalaron fusibles de baja tolerancia en los transformadores que servían a sus tropas. En este caso, nadie se percató de estos hechos y nadie los recuerda tampoco.

La que realmente resultó valiosa fue la actuación de la Dra. Alison Bleaney, por entonces madre de un bebé, que mientras tenía a su cargo los servicios médicos del hospital, fue clave a la hora de intermediar entre las fuerzas británicas que proponían un alto el fuego y las autoridades argentinas, siempre a través de Bloomer Reeve y Melbourne Hussey. Lo mismo puede decirse del superintendente de educación John Fowler, que evacuó varios niños de la capital, aunque nada tengan que ver con la supuesta resistencia.

Es en ese punto donde el libro se torna interesante, al rescatar hechos y actitudes de valor llevados a cabo por algunos pobladores como Dennis Paice y Derek Rozee, los hombres que mantuvieron funcionales los servicios de agua y electricidad y la de Des King y su familia, quienes acogieron a habitantes desplazados del interior de las islas en el hotel Upland Goose de su propiedad, lo mismo Terry Spruce quien ofreció el West Store como un refugio de reserva y ayudó a preparar paquetes de supervivencia de emergencia. Casas seguras fueron designadas y marcadas como refugios para los civiles, equipadas todas con equipos de radio de onda corta para captar las transmisiones del BBC.

Se percibe un toque sentimental en el libro cuando el autor refiere: *“Los peligros compartidos y la ayuda entre sus miembros mantuvieron a la comunidad unida. Personas que habían peleado entre ellas toda su vida de pronto entablaron una sólida amistad. La compasión también se extendió hacia los conscriptos argentinos, quienes recibieron comida y víveres de parte de los Islanders”*.

Es evidente que Bound maneja datos que han sido manipulados y magnificados a efectos de que los kelpers también tengan su parte en la historia, una historia que, no cabe dudas, los tuvo como meros espectadores.

Hugh Bicheno recoge algunas anécdotas del diario *74 Días* de John Smith que reproduce en su libro⁵, una de ellas la que protagonizó Terry Peck, jefe de Policía de Puerto Stanley, quien “se la jugó” al colocar una cámara con lente telefoto en un tubo, fotografiando las posiciones de la artillería antiaérea argentina. Cuando alguien le informó que Dowling lo buscaba, abandonó a toda prisa la capital y se dirigió a Green Pach, donde estuvo escondido algunos días hasta que se enteró que varios lugares por los que había pasado habían sido atacados por comandos de la Compañía 601. Entonces

se retiró de allí, y después de vagar durante diez días a la intemperie, llegó a Brookfield Farm donde su propietaria, Trudi McPhee, lo mantuvo escondido junto a otros refugiados, hasta el día del desembarco inglés⁶.

Impulsado por la petulancia que caracteriza a todos aquellos que no habiendo nacido en el Reino Unido viven queriendo demostrar que son más británicos que los propios británicos, Bicheno califica el accionar preventivo de los comandos como “campana bizarra contra los caseríos remotos” así como con absoluta ligereza se refiere a las misivas que David Tinker envió a su familia desde el frente, antes de morir, como “quejumbrosas cartas”, expresiones que ponen al descubierto una forzada soberbia que no hace más que restarle mérito a su trabajo.

Peck se dirigió directamente a San Carlos para encontrarse con las tropas que estaban desembarcando, tomando por el camino que atravesaba Aguas del Salvador. Durante el trayecto se topó con Saul Pitaluga, el efervescente hijo de Robin, quien deseoso de vengar los atropellos sufridos por su padre, lo guió hasta la bahía.

El oficial de policía tomó contacto con el alto mando británico y además de proporcionarle mapas y fotografías, condujo al Para 3 hasta Puerto Argentino a través de Caleta Trullo y Estancia House.

La “gran heroína de la resistencia” parece haber sido la mencionada Trudi McPhee al conducir una caravana de Land Rovers encabezada por un tractor a oruga conducido por su socio en las actividades rurales, Roddy McKay. Bicheno proporciona los nombres de quienes formaron parte de aquel tropel, a saberse, Vernon Steen de Puerto Stanley que también se había refugiado en Brookfield Farm, Bruce May y Claude Molkenbhur de Puerto Johnson’s, Keith Withney de Rincón Grande, Trevor Browning y Andrew Short de Puerto Soledad, Terence Phillips de Monte Kent, Neil Watson y Mike Luxton de Long Island, Raymond Newmann, Maurice Davis, Mike Carey, Patrick y Alistair Minto, Patrick Whitney, Ferry Betts y Meter Gilding de Green Patch.

Parece que este grupo tomó contacto en Estancia House con el segundo del Para 3, un oficial llamado Roger Patton (ningún parentesco conocido con el célebre general norteamericano de la Segunda Guerra Mundial), quien vio en ellos una suerte de “maná caído del cielo”, porque utilizó sus vehículos para conducir parte de la logística del batallón.

Según estas novedosas versiones, ¡el pelotón de Trudi estuvo cerca del fuego de los cañones de 155 y 120 mm apostados en monte Longdon, corriendo notable riesgo! E incluso parece que el tractor de McKay... ¡¡¡fue atacado por los Canberra y un Skyhawk de la FAA!!! Los kelpers de Trudi complementaron su accionar haciendo las veces de taxis entre la retaguardia británica y el Puente Murrell.

La noche de la batalla del monte Longdon los isleños transportaron en sus vehículos a efectivos de las compañías A y B hasta sus líneas de partida, después de tomar por el camino hacia Fruze Bush Pass. Incluso ahora sabemos que el “bravo” Terry tomó parte en la batalla junto a la Compañía A, conduciéndola como guía de su flanco derecho, primero hasta Longdon y después hasta Puerto Argentino. Enhorabuena alguien se ocupó de salvar el honor de los lugareños.

Pese a todo, el pobre ex jefe de policía de Stanley no la sacó barata. Según Bicheno, murió a los 69 años, víctima de una artritis aguda, atormentado por espantosos sueños que turbaron sus noches durante años debido a los horrores que presenció en monte Longdon.

Al término de la guerra, la “combativa” Trudi McPhee (que al parecer daba órdenes como un nuevo Wellington) y el resto de los voluntarios recibieron menciones.

Es evidente que, con el paso de los años, estas versiones irán en aumento y para regocijo de turistas y agentes de viaje, aquel insignificante movimiento alcanzará proporciones

comparables a los de la resistencia francesa en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, una cosa parece haber sido cierta, y es que el tan publicitado “buen trato” hacia los kelpers, no lo fue tanto, según hemos visto. El general Julian Thompson, en extremo objetivo y despojado de pasiones a la hora de relatar los hechos, dice en *No Picnic*, al referirse a la recaptura de Puerto Darwin y Prado del Ganso: “*Habían tratado a los pobladores muy cruelmente [los argentinos], saqueando sus casas y robando las cosas de algún valor. La comunidad entera había permanecido encerrada en la escuela [en realidad fue en el edificio del Ayuntamiento] durante cuatro días*”.

Referencias

¹En la oportunidad, Bloomer Reeves hizo muchos amigos.

²Nada de eso refiere el libro *Comandos en Acción* de Isidoro Ruiz Moreno.

³Graham Bound, *Falklands Islanders at War*.

⁴Michael Bilton y Peter Kosminsky, *Hablemos Claro. Testimonios inéditos sobre la guerra de Malvinas*. Emecé Editores, Bs. As. 1991.

⁵Ídem.

⁶Hugh Bicheno, *Al filo de la navaja*, Debate, Buenos Aires, 2009.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.